

El socialismo y su necesidad de una moral laica

Antoinette Kankindi*

Recibido: 1 de septiembre de 2008 - Aceptado: 22 de mayo de 2009

En el centro de la ingeniería social actual está en marcha un debate sobre lo que se ha dado en llamar Educación para la ciudadanía, promovido por organizaciones internacionales. España ha introducido en su currículo escolar un curso sobre "Educación para la ciudadanía" que ha provocado reacciones negativas entre un significativo segmento de la sociedad. El artículo trata de ir más allá de las polémicas ideológicas para analizar la experiencia francesa de finales del siglo XIX (la primera y principal introducción de la moral laica) a través de la crítica que Charles Péguy hace al proceso de secularización impuesto por el Estado. El escritor francés pone de relieve la falta de fundamento de la moral laical, así como sus consecuencias negativas sobre la cultura en general y sobre la educación en particular.

Palabras clave: Educación para la ciudadanía, Moral laica, Charles Péguy.

At the center of today's social engineering there is an ongoing debate over what is being called Citizenship Education. It is widely promoted by International Organizations. Spain has introduced the course titled "La educación para la ciudadanía". However, there have been negative reactions to it, on the part of a significant segment of the Spanish society. Seeking to go beyond ideological polemics, this paper looks into the French experience at the end of the 19th (the first and major step introducing lay morality), bringing into play Charles Péguy's critique of the secularization process imposed by the State. He showed the lack of foundation of secular morality and its negative consequences on culture in general, and on the educational sector in particular.

Key words: Citizenship Education, Lay moral, Charles Péguy.

**Antoinette Kankindi es profesora de Filosofía política en Universidad de Strathmore, en Nairobi (Kenya) (antokankindi@gmail.com).*

154 I. Introducción

El debate en torno a la asignatura de “Educación para la ciudadanía”, que el Gobierno español ha introducido en el currículo escolar desde el año 2006, puede constituir una buena oportunidad para la reflexión constructiva, si se consigue dejar a un lado el terreno de la polémica y de la ideología. Aunque eso resulta difícil desde el momento en que un Estado quiere imponer, en pleno siglo XXI, por medio de una auténtica maniobra ideológica, sus propios planteamientos morales. La gravedad de este hecho pide que se intente elevar el nivel del debate para pasar, más bien, a un diálogo que pueda contribuir a una verdadera educación ciudadana de la opinión.

Aunque a la sociedad le suelen quedar pocas alternativas ante medidas de este tipo, no puede evitar, sin embargo, manifestar un rechazo frente a la idea de que el Estado imponga su moral con el pretexto aparentemente legítimo de una reforma educativa. Esa aparente legitimidad radica en la opinión —extensamente difundida y aceptada— de que el Estado tiene la responsabilidad de forjar una democracia que requiere de sus miembros que se muevan en sus mismas coordenadas de comportamiento. El problema es que, bajo semejante proyecto, el Estado reclama para sí el monopolio de las ideas que necesitan los alumnos para llegar a ser verdaderos ciudadanos democráticos. De ahí la inevitable reacción de rechazo, cuyas razones pueden y deberían, por otra parte, ser prioritarias en relación con la agenda democrática propugnada por las políticas de los grandes organismos supranacionales, “guardianes” auto-instituidos de la promoción democrática.

No se trata de cuestionar aquí el hecho de que el esfuerzo por promover la democracia pueda provenir de instancias supranacionales. Más bien se quiere tener en cuenta la resistencia social que se observa frente a la medida de democratización, impulsada a través de una moral de Estado, a su vez introducida como reforma educativa. La “Educación para la ciudadanía”, tal como se presenta en España hoy, es una “moral laica” y, como tal, resulta insuficiente, puesto que el

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

ser humano en cuanto persona es “más” que ciudadano: la condición de ciudadano está dentro de la condición de “sujeto ético”, pero no la agota. De ahí el rechazo que ha generado entre numerosos ciudadanos españoles¹.

El actual debate español rescata del recuerdo una reforma similar: la experiencia francesa de finales del siglo XIX, quizás la más emblemática introducción de una moral de Estado en la enseñanza bajo el nombre de moral laica. Se presentarán aquí algunas críticas a esta experiencia por parte de un testigo directo, Charles Péguy (1873-1914), que podrán ayudar a comprender mejor el panorama en España y las causas que le han hecho objeto de repulsa².

La obra poética de Péguy ha eclipsado su obra filosófica, que contiene sobre todo, novedosas reflexiones acerca de los elementos que construyen o destruyen una civilización. Entre muchas de ellas es de destacar su reflexión sobre la educación. Por otro lado, se le considera un hombre de izquierda a causa de sus años de militancia en el socialismo francés de finales del XIX. Sin embargo desde 1908, después de su conversión a la fe de sus primeros años de vida (que había perdido a los veinte años de edad), sus escritos cambian de perspectiva.

En su obra destaca la aguda percepción de la incompatibilidad entre la moralidad y el socialismo de su época, deshumanizado y, por tanto, incapaz de estructurar un marco político justo. Péguy denuncia, asimismo, el no menos deshumanizado materialismo capitalista. Aparece, así, como un testigo de excepción de un emblemático cambio histórico, de un desequilibrio social que se prolongaría muchos

¹ El debate ha producido en España un enorme volumen de bibliografía al respecto. También en Francia en los últimos años se han generado numerosos trabajos sobre el tema. Un simple rastreo por la red permite constatarlo.

² Para una profundización sobre el proceso intelectual del autor, véase Kankindi, A. (2006).

156 años después de su muerte. En la actualidad puede comprobarse el peso profético de sus acertadas observaciones.

II. La experiencia francesa

Péguy fue un espectador privilegiado de la conocida reforma de Jules Ferry que, por lo visto, sigue siendo el ejemplo a imitar cuando se quiere operar una laicización a ultranza. Una mirada atrás hacia esa reforma de la enseñanza francesa y a los principios que la inspiraron podría ayudar a responder a la interesante pregunta de por qué el socialismo necesita una moral laica. Por lo tanto, no se tratará aquí de la ética de mínimos que se contempla en los contenidos de la asignatura “Educación para la ciudadanía”, ni de lo que buscan los organismos supranacionales cuando impulsan reformas de este tipo. En cambio, si se logra responder a esa pregunta, será posible entender mejor el tipo de democracia que se propone hoy como modelo.

El proceso de laicización iniciado en Francia en 1880 quiso ser la concreción de una línea iniciada en la Revolución Francesa de 1789. Fue una de las preocupaciones esenciales y el objetivo de los ideólogos tanto durante el directorio de 1795 como en las revoluciones de 1848. En 1795, en un esfuerzo por crear un saber social que difundiera el espíritu de las luces, los ideólogos habían pensado ya en una reforma educativa. Esa fue la primera vez en que se insistió, por ejemplo, en que la formación tradicional humanística era arcaica. Se proponía ir sustituyéndola por lo que se llamó entonces la instrucción científica, porque los ciudadanos necesitaban un saber positivo. El debate sobre la cultura humanística que dura desde entonces es también interesante. Un debate que Charles Péguy consideró como “el gran debate de todo el pensamiento moderno”³.

Se puede situar la urgencia de introducir la moral laica a través de la educación en el complicado inicio de la Tercera República. El

³ Péguy, C. [1898-1905 (1987)], *Zangwill*, p. 1450.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

157

gobierno reaccionario que tomó el poder tres años después de la derrota frente a Alemania, es decir, en 1873, se llamó a sí mismo “gobierno del orden moral”. Como quiso, a la vez, restaurar la monarquía, los republicanos, que se consideraban guardianes de los ideales de la revolución, pusieron freno al intento –de todos modos fracasado– de un gobierno ultra-conservador por restaurar la moral tradicional. A partir de entonces, la política de los republicanos tomó la firme decisión de instaurar una moral laica. El modo más eficaz que pensaron para ese fin fue introducirla a través de los programas educativos. Esa decisión, conforme a la línea de la Revolución, encontró un impulso inmediato en la convicción de los republicanos de que el conservadurismo político del gobierno reaccionario se apoyaba en un conservadurismo religioso. Desde entonces la opinión pública consideró que la religión, en Francia mayoritariamente el catolicismo, era un peligro que amenazaba a la democracia. Para Gambetta, en aquel momento presidente de la Tercera República, la religión era el único enemigo de la democracia.

El fracaso de la restauración de una monarquía constitucional dejó a la república como único régimen alternativo. Esa república debía de ser necesariamente laica, pero para formar una república laica hacía falta una doctrina coherente con ella. Esta doctrina se llamó moral laica y su contenido debía ser un civismo republicano que subrayara el rechazo de una moral de máximos (diríamos hoy), es decir, de una ética que encuentra su justificación en la religión para confirmar la universalidad y la no negociabilidad de sus dictados.

Fue Jules Ferry, ministro de la instrucción pública, el que trabajó en la manera de introducir esa nueva doctrina a través de los programas escolares. Para él, la laicidad enseñada desde la educación primaria se iba a constituir eficazmente en el corazón de la laicización de la sociedad entera. La creación de la escuela pública y los violentos conflictos entre el clericalismo y el anticlericalismo facilitaron la rápida aplicación de la amplia reforma ideada por el ministro. Esta batalla contra la moral tradicional y la religión no trataba sólo de

158 deshacerse de la influencia de la Iglesia como institución en el ámbito político. También buscaba mantener a los católicos fuera del ámbito público. Es interesante señalar que, en ese mismo período, Jules Ferry fue también el promotor de la ley sobre el divorcio y de la ley de libertad de prensa.

Como antecedentes de este paso importante hacia la secularización pueden señalarse una serie de medidas introducidas durante la breve monarquía constitucional, el Consulado y el Imperio. Se pueden mencionar, por ejemplo, el principio de la neutralidad del Estado, la cuestión de la libertad de culto, la institución del estado civil y del matrimonio civil, así como la igualdad de derechos fuera de consideraciones religiosas.

Así pues, la reforma de Ferry no constituyó una etapa aislada, aunque adquirió un impacto particular por el hecho de que tuvo a la educación como campo de aplicación. Tampoco el ministro fue el único agente de la laicización: figura con Combes y Gambetta entre los que más trabajaron para unir a todos los grupos progresistas con el fin de consolidar una mayoría de la izquierda en el parlamento y, así, cambiar completamente el rumbo de la cultura. Todos tenían la convicción de que la conversión de la sociedad entera al socialismo llegaría a través de la laicización, en la escuela, de generaciones enteras. En este sentido, Thiers afirmaba que para que viviera la República había que confiarla a la democracia, y para eso, había que liberar a la sociedad de los moldes religiosos.

La reforma de Jules Ferry como concreción de los ideales de la Revolución muestra, mejor que cualquier otro contexto, que el socialismo necesita de una moral laica. Como puso de relieve un historiador francés, las votaciones de la cámara en 1881 tenían toda la apariencia de no ser sufragios sobre la nueva doctrina en sí misma, sino a favor o en contra Dios, aunque Ferry afirmó explícitamente que no eran votaciones teológicas⁴. De hecho, el mismo Ferry no tenía

⁴ Hérítier, J. (1932), p. 121.

reparos en calificar a la nueva moral de “nuevo Evangelio”, al cual la religión misma debía conformarse si no quería desaparecer.

Charles Péguy, gran observador y crítico del laicismo francés, vio que la república socialista necesitaba unos cuantos elementos en su base: un parlamentarismo dogmático; el principio de la razón de Estado, que justificaba las decisiones del parlamento sobre todo cuando conculcaban las libertades; la laicidad militante y el antimilitarismo –con su corolario, el pacifismo–. Estos elementos, junto a la famosa lucha de clases, definen las grandes directrices operacionales del socialismo. Esas directrices siguen siéndolo, con excepción de la lucha de clases, que ha cambiado de cariz sobre todo desde que el comunismo ya no está de moda, al menos teóricamente. La lucha de clases ha sido sustituida por la idea de la solidaridad con las clases menos afortunadas, con todo lo que esta idea implica en términos de políticas educacionales, laborales, de género o del medio ambiente.

III. Socialismo e “increencia”

No debe sorprender que estas directrices permanezcan como pilares de cualquier partido que se inspire en la socialdemocracia, y, por tanto, de cualquier gobierno de izquierda. Tienen una relación de dependencia entre ellas, una relación que les viene de la concepción de la persona y de la sociedad que se encuentran en la doctrina y la tradición socialistas. Como bien vio Ferry, la república, en el sentido que tenía este concepto desde la Revolución Francesa, debía repudiar formal y prácticamente la religión para preservar el nuevo régimen. Todos los republicanos estaban persuadidos de que la religión no casaba con la república. En Francia se concretó en la urgencia por desposeer a las congregaciones religiosas de sus escuelas, invocando como justificación –precisamente– que educaban en el odio hacia el nuevo régimen⁵.

⁵ Baubérot, J. (1997), p. 49.

160 Como no iba a ser fácil arrancar las creencias de toda una sociedad, había que imponer el nuevo orden a través de dos medios: la educación y una campaña de laicidad militante, llevada a cabo por medio de la actividad de los partidos de izquierda. El proyecto buscaba una eficacia duradera, es decir, liberar a la sociedad de la “oscuridad” en la que la mantenían esas creencias. ¿De donde vendría la fuerza de imposición? De la asamblea elegida, que decide en nombre del pueblo. El esquema es muy sencillo; es más, es la expresión misma del mecanismo democrático moderno. Ese mecanismo es el que hace que el socialismo tenga necesidad de una moral de mínimos y, si es posible, con contradicciones sutiles que limiten la percepción de una verdadera libertad con su correspondiente responsabilidad. Para instaurar una democracia igualitarista es preciso formar a ciudadanos en convicciones igualitaristas.

Dejando de lado el militantismo y los conflictos violentos que el proceso de la laicización traía consigo, había otras razones de la necesidad de deshacerse de Dios y de la religión, como las que daba, por ejemplo, Anatole France en su *L'Église et la République*⁶. Para que el progreso llevara a la realización de todo lo que prometía, era importante dejar que la razón siguiera su marcha triunfal en la historia. La religión y la Iglesia constituían un obstáculo a la evolución social vista bajo esta perspectiva. Esto era así porque, según France, fundaban sus preceptos y su visión del mundo sobre la autoridad de Dios, una autoridad de la cual la Iglesia se sabe investida y que, por ser divina, no puede estar sometida o limitada por ningún poder temporal. La religión y la Iglesia bloquean el progreso en todo porque pretenden que lo que enseñan es universal y superior. Por eso todo lo que se inspira en sus enseñanzas tampoco evoluciona.

Toda doctrina que justifique su fundamento en una instancia tan alta, incluida la ética, es siempre, para el socialismo, una doctrina

⁶ France, A. [1905 (1953)], p. 10.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

reaccionaria que hace falta combatir enérgicamente por todos los medios. De ahí que busque siempre erradicar la creencia, que los socialistas identifican con la creencia religiosa: aquella que detenta verdades absolutas y que, además, tiene incidencia directa sobre los comportamientos personales y las estructuras sociales. Aunque en Francia la religión católica fue la que más se combatió, en un determinado momento también los protestantes se dieron cuenta de que en realidad lo que se cuestionaba no era el clericalismo sino la religión en sí⁷. Empezaron a darse cuenta, ellos también, de que la moral laica constituía un arma para erradicar la idea de Dios en la sociedad. No fue la única arma, pero sí la más eficiente, también en el tiempo, porque sigue vigente.

Ahora bien, si la razón que justificaba ese proceso de laicización era la defensa de una supuestamente amenazada república (una república de la libertad desde 1789), las medidas que se tomaron –y se siguen tomando hoy para defenderla– se han convertido en nuevos dogmas y por eso no pueden más que inspirar resistencia, sobre todo desde el momento en que son dogmas que violentan libertades soberanas. Se ha caído en una flagrante contradicción: se pretende liberar a las personas de las “ataduras” que una moral inspirada en la religión (o una ética de máximos, siempre sospechosa de tener un fundamento religioso) les impone, sólo para imponerles otras “ataduras”: las de una moral laica (que es una ética de mínimos). Además, los ciudadanos no pueden protestar, pues se les recordará que han dado a sus representantes el poder de tomar estas medidas. En vez de quejarse y protestar, deben esperar nuevas elecciones para poder cambiar la legislatura.

De todos modos, cabe preguntar si la moral laica tiene, a su vez, algún fundamento.

⁷ Baubérot, J. (2005), p. 350.

162 IV. La moral laica y su fundamento

Fernando Múgica, especialista en la sociología de Émile Durkheim, sostiene que el sociólogo francés hizo, en su momento, una observación interesante al respecto: “La enseñanza de la moral continuaría siendo ineficaz mientras el conjunto de ideas morales no pudiera ser referido a una realidad tan cercana al niño que éste la pudiera tocar”⁸. Hay aquí una indicación sobre la falta de fundamento para una doctrina que se ha hecho necesaria para el socialismo. Citando al propio Durkheim, Múgica añade que es preciso que la realidad enseñada en esa moral sea concreta y viva, “mientras que una concepción abstracta y artificial, construida lógicamente, aunque fuera en virtud de una lógica rigurosa, no podría desempeñar este papel”⁹.

Al imponer una ética de Estado, el Estado incurre en los mismos errores que reprocha a las confesiones religiosas. Ese fallo constituye un peligro porque las confesiones religiosas, al menos, tienen una competencia en el ámbito de la conciencia que el Estado no tendrá nunca sin conculcar los derechos de las personas. En la pregunta sobre el fundamento de la moral laica se aprecia la dificultad que hay a la hora de explicar una serie de deberes de los ciudadanos cuando se ha renunciado a toda autoridad de la que podría proceder la obligación de cumplirlos. Peor aún: enseñar tal doctrina se impone también obligatoriamente en virtud del único fundamento que supone el hecho de detentar el poder.

Jules Ferry buscó también un cierto fundamento para la moral laica. Quería encontrar algo entre la religión civil de Jean Jacques Rousseau, que admitía un fundamento trascendente para las normas morales, y la perspectiva secular de la teodicea, que se refiere a una posible justificación de Dios como respuesta al problema del mal, o

⁸ Múgica, L.F. (2007), p. 142.

⁹ Múgica, L.F. (2007), pp. 142-143.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

163

la justificación de Dios como fundamento último de un orden moral justo.

Con ese fin examinó la experiencia del Continente, pero comprobó que tanto Alemania como Bélgica habían copiado a Francia y por tanto no le servían sus vivencias. El análisis de la situación en el mundo anglosajón le dejó perplejo, pues se encontró con que allí, sobre todo en Estados Unidos, había una especie de moral religiosa común que llevaba consigo grandes valores compartidos y que se abría a un cierto pluralismo desconocido en Europa, donde la ola de la laicización crecía cada vez con más fuerza en aquellos momentos. Ferry llegó a la conclusión de que lo que realmente buscaba era “una gran moral, la que iba sin calificativo”¹⁰.

Así como es lícito oponerse a un clericalismo que confunda los ámbitos de competencia de la Iglesia y del Estado, un anticlericalismo cuyas reformas dejan a la sociedad y al comportamiento personal sin referencia para su actuación no puede ser lícito. Se hace siempre atentando contra las libertades de las personas, por medio de algún abuso del poder. El verdadero motivo que hay detrás de tal anticlericalismo es, como bien vio Charles Péguy, una pretensión ilegítima y contradictoria: no se debe atacar a la religión con los medios gubernamentales. Péguy tachó de hipocresía al empeño por atacar a la religión en las conciencias con medios gubernamentales. Entendió, aún siendo entonces ateo, que el ataque que el partido socialista francés dirigía de manera oficial contra el clericalismo era, realmente y en su fondo, un ataque abierto contra el catolicismo, so capa de impedir los abusos y la injerencia de la autoridad religiosa en cuestiones políticas. Su fin era sustituir a esa autoridad en cuestiones extremadamente importantes, como la ética que guía los comportamientos individuales y los comunes. Por ese motivo, Péguy conside-

¹⁰ Baubérot, J. (1997), p. 66.

164 ró que la imposición de modelos morales por parte del Estado era una dictadura también intelectual y, en cuanto tal, suponía una fuente de desviaciones anticulturales fuertemente destructivas.

Hoy en día, los ciudadanos que no están de acuerdo con esos planteamientos son auténticas minorías, al menos en cuanto a los medios que tienen para defenderse. Lo eran también en la Francia de finales del siglo XIX. Quedaban entonces, como hoy también, absorbidos por la masa parlamentaria. Péguy pensó que la minoría católica era la que más resistencia oponía a las fuerzas anticulturales de un anticlericalismo rabioso. Por eso mismo todos se unían en contra de ella. Con sentido del humor, dijo: “porque al pueblo y a los parlamentarios les gusta marchar magníficamente juntos, en masas, heroicamente juntos, del lado del más fuerte”¹¹. La crisis ocasionada por las reformas que se llevaron a cabo a partir de la laicización trastornó la sociedad. El rechazo de la religión y, con ella, de Dios, promulgando el laicismo como ideal popular y la democracia igualitarista como marco político en el que se debía aplicar, tuvo las siguientes consecuencias¹²:

- La pérdida progresiva de la tradición popular y de todas las referencias para el comportamiento personal y público.
- No sustituyó los fundamentos que ofrecía la religión por nada, ya que la moral laica y la educación cívica carecían de fundamento sólido alguno.
- El movimiento que lleva consigo la alternancia en el poder de los principales partidos políticos, es decir, el sistema democrático, falseaba el gobierno como tarea, operando una inversión total de las cosas: sustituía el sentido natural, racional, razonable e histórico de la tarea de gobernar por un sentido ficticio. Así, los gobiernos no

¹¹ Péguy, C. (1/3/1904), *Cahiers de la quinzaine*, V, xi, t. I, p. 1302.

¹² Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1487.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

solamente se vuelven efímeros, sino que en su cambio convierten el orden público en algo efímero también. Si un gobierno cae, el país se resiente. Cuando un nuevo gobierno sube al poder, hace cambios que modifican completamente el rumbo de todo el país. Al partido en el poder no le importa que guste o no esa dirección, porque tiene la convicción de que podrá cambiar la política a su gusto una vez que ha sido votado.

La ley sobre la asignatura “Educación para la ciudadanía” forma parte de ese tipo de decisiones que cambian el rumbo de un país entero. Además, se trata de decisiones que dependen fuertemente de las fluctuaciones de una opinión pública cambiante, y ahora, de unas reglamentaciones supranacionales desprovistas de objetividad, o de rectitud o, tal vez, de ambas. La ley en cuestión pone sobre la mesa el problema del Estado como instancia educadora.

V. El papel del Estado en materia de instrucción

Con audacia, Charles Péguy llamaba fuerzas autoritarias y anticulturales a toda la política adoptada a partir de 1881, es decir, a la difusión, a través del nuevo sistema pedagógico, de un falso republicanism —la nueva doctrina para sustituir a la religión— hecho de neopositivismo y de moral laica. Péguy sostenía que había algo inquietante en los “catecismos laico-destructivos” y que los manuales hechos para esta materia antes de 1914 contenían tanto “antimilitarismo y tanto anticlericalismo como para producir una generación entera de demócratas de izquierda”¹³. En todo caso, el proyecto fue, según él, una operación inmoral tanto ética como socialmente. Era como el reverso de la mística republicana, porque trataba de dividir el país entre los nacionalistas, la República y los radicales, de una

13 Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1487. Citando una conversación entre Péguy y Sorel.

166 parte, y, de otra, una minoría. Los primeros contra la segunda, acusando a ésta de los crímenes cometidos por los burgueses católicos cuando estaban en el poder. Una atribución injusta. A partir de esta constatación, Péguy concluyó que el anticlericalismo, el anticatolicismo tradicional, no podía derivarse de un verdadero republicanismo, ya que éste tenía más en común con un cristianismo auténtico que con el laicismo¹⁴.

Al publicar en las columnas de sus *Cuadernos* “*Le monde sans Dieu, a new catechism*”, Charles Péguy escribió un aviso introductorio para sus lectores: “He dicho muchas veces en estos cuadernos, y lo volveré a decir cuantas haga falta y cuantas convenga, hasta qué punto y por qué estoy personalmente en contra de la fabricación de catecismos laicos (...)”¹⁵. Péguy veía en este tipo de obra un abuso del Estado, que controlaba toda la instrucción escolar, especialmente en cuanto al contenido de la educación cívica y moral. Además, detectaba los mismos defectos que el socialismo reprochaba al cristianismo: fundamentalmente el dogmatismo, con la diferencia de que la religión tiene una cierta autoridad en el terreno de la conciencia, mientras que la agenda política que inspira los catecismos laicos es siempre una tiranía sobre las conciencias, en una materia en la que la política no tiene competencia. “Ninguna autoridad del Estado vale en los debates de conciencia”¹⁶.

Péguy explicó a sus lectores que, entre las causas que impedían al socialismo ser una doctrina de salvación social, se encontraban primordialmente su parlamentarismo y la política anticlerical de su pro-

14 Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1303. En 1904 pensaba todavía que sólo un socialismo auténtico, místico, podemos decir después de 1910, era capaz de desafiar al catolicismo, porque a una fuerza espiritual sólo le podía vencer otra fuerza espiritual del mismo grado o mayor, no menor.

15 Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1283.

16 Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1288.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

yecto de laicización. Una laicización que había intentado desplazar a la religión, pero que nunca había sido bastante fuerte para ello: no lo fue la del siglo XVIII, que se había elogiado tanto; no lo fue la de Voltaire, no lo fue la del siglo XIX y tampoco lo fue la de Renan, tan ensalzada en su tiempo¹⁷.

Además, el anticatolicismo del socialismo pretendía tener una solidaridad (de Estado) que superaba la caridad cristiana, pero luego se quedó solamente en un radicalismo engañoso. Esto no valía realmente nada en comparación con la caridad cristiana. “Era solo un movimiento populista que acabó sustituyendo la revolución social entera, universal, legítima y recta (derecha), no solamente por un mercado que degrada, disminuido, fragmentado y torpe (en francés *gauche*, que también significa izquierda), sino también por un intercambio de engaños. Transformaba la justicia en mercancía (la filantropía también)”¹⁸. Un Estado político completamente entregado a la inercia, atado por las servidumbres de intereses particulares y por lo que Péguy llamaba *la malfaçon de servitudes économiques* (los defectos de las servidumbres económicas), no tenía ninguna redención que proponer a los pobres proletarios, aunque estos formaran parte de sus discursos más repetidos. No carecía de respuestas solo para la masa proletaria, sino para todos.

VI. Consecuencias socio-educativas

Convencido del papel particular de la educación en la vida social, Péguy sostuvo que las crisis de enseñanza son crisis de vida parciales, que anuncian crisis de la vida en general. O si se quiere, son crisis de vidas sociales que culminan en crisis de enseñanza que parecen parciales y particulares, pero que, en realidad, son totales porque representan el todo de la vida social. Esa es la razón por la cual la

¹⁷ Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1287.

¹⁸ Péguy, C. (6/12/1904), *Cahiers de la quinzaine*, VI, vi, t. I, p. 1296.

168 educación se debe tomar en serio: es el medio para convertir las conciencias con paciencia, sin esperar milagros inmediatos. Y sólo desde allí se puede responder a los desafíos de cualquier crisis social. El contenido de la educación se debe transmitir con ideas claras y sencillas. Las disciplinas deben tener una unidad palmaria, que sólo es posible si se cuenta con una misma base moral, es decir, con unos principios morales comunes. Hay que ofrecer la cultura necesaria para que el ser humano se pueda desarrollar sin caer en la trampa de discursos políticos engañosos. Con la formación que el individuo recibe en la familia, la enseñanza debe ser también el lugar de la educación en la virtud. Para que esto sea realmente así, primero es necesaria la educación en verdades primarias y fundamentales. Sin definir las sistemáticamente, Péguy las llama “esas leyes de gran higiene, esas prácticas de higiene generales evidentes de por sí (...), esas verdades sobre las cuales todo el mundo está de acuerdo y sobre las cuales se funda el mundo”¹⁹. Ahí está la razón por la cual el trabajo de los padres, de los maestros de primaria y de los profesores de enseñanza secundaria es el más grande y más importante para la sociedad.

En ese nivel de educación se ponen los elementos que aseguran que “lo que uno dice es verdad, que lo que uno dice tiene sentido, que se entiende, y que queda para toda la vida; no hay nada por encima de una tarea semejante”²⁰. Los primeros educadores, es decir, los padres y los maestros, no ejercen ningún dominio sobre los espíritus de los que educan. Ningún dominio temporal, diría Péguy. Esto es así porque el tipo de formación que proporcionan se orienta y se concentra en una educación de la libertad. Las referencias que van proporcionando educan a la conciencia dándole exactamente eso, puntos de referencia, criterios de juicio.

¹⁹ Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, pp. 827-828.

²⁰ Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, pp. 827-828.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

169

Sin embargo, cuando Péguy escribe esto en *L'Argent* sabe ya que la tendencia de la laicización de la escuela, que había completado las reformas curriculares (las que habían eliminado a las humanidades y a la cultura general de la formación de los alumnos) con la educación moral y cívica, había cambiado todo. Por eso dice: “esas grandes reglas de higiene, esas prácticas de higiene general, ahora se han desvirtuado, y quizás se han escamoteado completamente, se han obliterado completamente, anulado completamente por la pretensión de un poder sobre los espíritus”²¹.

Como buen anticlerical, Péguy compartía la idea laica de que la educación era el medio privilegiado para una verdadera regeneración política, social y moral: por eso era una necesidad. Para los socialistas de la segunda mitad del siglo XIX, el socialismo iba unido a una reforma social como la que tenía en mente Jules Ferry. La percepción intuitiva de Péguy le permitió darse cuenta de que, si bien la educación constituye un principio del orden social justo, el modo, el *milieu* en el que se da, y los contenidos que ofrece pueden contribuir a una buena o mala educación. Por eso denuncia con vigor la educación a través de sistemas artificiales, que no forman sino que sólo dan un cúmulo de datos, y que no proporcionan ninguna herramienta para analizar las raíces de los problemas sociales. Esa herramienta no se podía asegurar mientras no se admitieran referencias universales del saber. Prescindir deliberadamente de esas referencias, como habían hecho la moral laica y la instrucción cívica, aseguraba más bien la fragmentación del saber, con las correspondientes confusiones y contradicciones.

El impacto de una educación edulcorada sobre la cultura era algo que Péguy temía muy seriamente. La ciencia moderna, tal como estaba concretada en las reformas de la educación, era una ciencia con pretensión de certeza absoluta, lejana a la metafísica, que se con-

²¹ Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, pp. 827-828.

170 sideraba llena de incertidumbres. Él, sin embargo, pensaba que la ciencia y la educación necesitaban de esas “incertidumbres” de la metafísica. Precisamente al no reconocer “la gloriosa incertidumbre de la metafísica, el mundo moderno había caído en una duplicidad. La acumulación moderna iba a consistir naturalmente en salvaguardar toda la certidumbre científica, pero adquiriendo o tomando con ello una extensión metafísica. De ahí han venido todos los darwinismos, todos los evolucionismos y transformismos, que eran, en realidad metafísicas, pero metafísicas *honteuses*, en el sentido que hemos dicho, es decir, que no querían reconocerse como metafísicas, sino que, por el contrario, con una mano usurpaban el ámbito de la metafísica, y con otra, retenían la certeza científica y, en definitiva, sólo producían modestos resúmenes de algunas ciencias concretas”²². Hoy en día se puede añadir a esa lista la educación para la ciudadanía, la educación sexual, etc. La operación siguiente, pues, no consistió más que en aplicar eso a la realidad, a la vida, a la cultura, con todas las consecuencias que se pueden ver, quizás todavía más, hoy.

En conclusión, para desplazar el proyecto de salvación según la religión, el socialismo necesitaba una “fe” prácticamente superior a la del cristianismo. Pero la falta de fundamento de su moral laica demuestra que eso no es posible. Al menos, siempre según Péguy, debía crear “una ciudad social dotada de todas las herramientas necesarias para salvar al mundo humano de las servidumbres económicas”²³. El socialismo fracasó en ese proyecto tanto en el siglo XIX como hoy en día, por falta no solamente de programa, sino también, una vez más, de una doctrina correcta que tenga su fundamento en la naturaleza humana. No hay una doctrina coherente con la naturaleza humana que pueda apoyar la opción de una moral laica. En eso, tanto los gobiernos de izquierda como los de derecha caen muy fácilmente en un cierto radicalismo, porque de un lado y del otro, los

²² Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, p. 588.

²³ Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, p. 1289.

EL SOCIALISMO Y SU NECESIDAD DE UNA MORAL LAICA

171

principios que rigen la acción no son otra cosa que intereses políticos parlamentarios, bien alejados de las exigencias de la preocupación por el bien común que impone una mística.

He ahí un panorama que hizo decir a Péguy: “Cuando un partido no tiene la valentía de conformarse con las leyes más sencillas de rectitud moral, cuando reniega de la justicia en beneficio del favor, de la sinceridad en beneficio de la duplicidad, y de la verdad en beneficio de una ficción; cuando abandona la realidad de las costumbres en beneficio de la vanidad de las bellas frases, cuando reniega de su ideal en beneficio de las manías políticas, es inevitable que acabe corroyendo sus propias estructuras desde dentro. Trabajemos: la revolución será moral o no será”²⁴.

La révolution sera morale, ou elle ne sera pas. Estamos en 1901. Péguy, todavía ateo, lleva menos de un año tomando distancia del partido y tratando de cumplir con la misión de formar a la opinión pública con sus *Cuadernos Quincenales*. En esa máxima condensó, muy temprano, la debilidad de los sistemas políticos vigentes, y particularmente la del sistema socialista.

El Consejo de Europa, empeñado en promocionar la calidad del proceso participativo, lleva algunos años impulsando el desarrollo de políticas en torno a la Educación para la ciudadanía y los Derechos Humanos. Ahora bien, lo que puede reforzar la credibilidad de la democracia no es la implantación de modelos faltos del realismo que Durkheim echaba de menos en la moral laica de Francia a finales del siglo XIX. La estabilidad social no depende tanto de las ficciones impuestas como de lo que Péguy llamó las “leyes más sencillas de rectitud moral”. Tienen la ventaja de no ser fácilmente multiplicadas, ni contradictorias. Y mientras no se vuelve a ellas, permanece el riesgo de que el debate tenga la estructura del ferrocarril: sin punto de encuentro. Recuperar esas leyes podría ayudar a que el diálogo se

²⁴ Péguy, C. [1913 (1992)], *L'Argent*, p. 727.

172 desarrolle en torno al consenso sobre las cuestiones fundamentales del *ethos* humano, y no solamente acerca del famoso acuerdo sobre los puntos esenciales de la ética minimalista.

Bibliografía

Baubérot, Jean (1997), *La morale laïque contre l'ordre moral*, Seuil, París.

Baubérot, Jean (2005), "La campagne du «Siècle»", *ACP*, nº 112.

France, Anatole [1905 (1953)], *L'Église et la République*, Émile-Paul, París.

Héritier, Jean (1932), *Histoire de la Troisième République*, Librairie de France, París.

Kankindi, Antoinette (2006), *La relación entre política y ética en Charles Péguy*, Cuadernos del Instituto Empresa y Humanismo, nº 95, Pamplona.

Múgica, Luis Fernando (2007), *Emile Durkheim, Arqueología de lo sagrado y futuro de la religión. Historia de una polémica*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, Pamplona.

Péguy, Charles, [1898-1905 (1987)], *Cahiers de la quinzaine, V, xi*, Œuvres en prose complètes, t. I., Coll. Pléiade, Gallimard, París.

Péguy, Charles, [1898-1905 (1987)], *Cahiers de la quinzaine, VI, vi*, Œuvres en prose complètes, t. I., Coll. Pléiade, Gallimard, París.

Péguy, Charles, [1898-1905 (1987)], *Zangwill*, Œuvres en prose complètes, t. I., Coll. Pléiade, Gallimard, París.

Péguy, Charles, [1909-1914 (1992)], *L'Argent*, Œuvres en prose complètes, t. III, Coll. Pléiade, Gallimard, París.

Péguy, Charles, [1909-1914 (1992)], *Note conjointe sur M. Descartes et la philosophie cartésienne*, Œuvres en prose complètes, t. III, coll. Pléiade, Gallimard, París.